

pedirles prestada la suma: de aquel modo, cuando su marido volviera á la tarde, no lo desesperaría y podría hacerle reír con la escena de la mañana. Veíase ya contándole la gran batalla, el feroz asalto dado á su hogar, y la manera heroica cómo ella había rechazado el ataque. El corazón le palpitaba violentamente al entrar en el hotelito de la calle Legendre, aquella casa donde había crecido y donde creía no encontrar más que extraños, tan cambiada y tan glacial le parecía. Como sus padres acababan de ponerse á la mesa, había accedido á almorzar para disponerlos mejor. Mientras duró la comida, la conversación versó sobre el alza de las acciones del Universal, que aun la víspera habían subido veinte francos; y se asombraba de encontrar á su madre más llena de fiebre, más rabiosa que á su padre, ella que al principio temblaba á la sola idea de la especulación: ahora, con una violencia de mujer conquistada, ella era quien lo censuraba por su timidez, apasionada por los grandes golpes del azar. Hubo un momento en que se arrebató, irritada de que él hablase de vender sus setenta y cinco acciones á aquel precio inesperado de dos mil quinientos veinte francos, lo que habría hecho ciento ochenta y nueve mil francos, una bonita ganancia, más de cien mil francos sobre el precio de compra. ¡Vender, cuando *La Cotización financiera* prometía el precio de tres mil francos! ¿Se había vuelto loco? Porque, en fin, *La Cotización financiera* era conocida

por su antigua honradez, él mismo repetía que con aquel periódico se podía dormir á pierna suelta. ¡Ah, no, ella no lo dejaría vender! ¡Mejor vendería el hotel para comprar más! Y Marcela, silenciosa, con el corazón oprimido, al oír pronunciar apasionadamente aquellas grandes cifras, preguntábase cómo se atrevería á pedir un préstamo de quinientos francos, en aquella casa invadida por el juego, donde había visto subir poco á poco la ola de los periódicos financieros que la sumergían hoy en el sueño embriagador de su publicidad. Al fin, á los postres, se había arriesgado: necesitaban quinientos francos, iban á embargarles, sus padres no podían abandonarlos en aquel desastre. El padre había bajado inmediatamente la cabeza, dirigiendo una mirada embarazada á su mujer. Pero la madre rehusaba ya, con toda claridad. ¡Quinientos francos! ¿Dónde quería que los encontraran? Todos sus capitales estaban colocados en operaciones; y, por otra parte, volvieron todas las antiguas diatribas: cuando una se casa con un holgazán, con un hombre que escribe libros, debe aceptar las consecuencias de su necedad y no tratar de volver á pesar sobre los suyos. ¡No! ella no tenía un céntimo para los perezosos que, con su gran desprecio afectado por el dinero, no sueñan más que con comerse el de los demás. Y había dejado marchar á su hija, y ésta se había ido desesperada, destrozado el corazón al ver desconocida á su madre, tan razonable y tan buena en otro tiempo.

Por la calle, Marcela había andado inconsciente, mirando si encontraría el dinero en el suelo. Luego se le había ocurrido repentinamente la idea de dirigirse al tío Chave; é inmediatamente se había presentado en el discreto piso bajo de la calle Nollet, para no dejar de encontrarlo antes de la Bolsa. Al llegar allí oyó cuchicheos, risas de muchachas. Sin embargo, abierta la puerta, se encontró al capitán solo, fumando su pipa, y profundamente desolado, furioso contra sí mismo, gritando que jamás tenía cien francos por delante, que se comía al día sus pequeñas ganancias de la Bolsa, como un perdido que era. En seguida, al saber la negativa de los Maugendre, había tronado contra ellos, también otro par de alhajas, á quienes, por otra parte, no veía desde que el alza de sus cuatro acciones los volvía locos. ¿Pues no lo había tratado su hermana, la semana anterior, de tacaño, como para ridiculizar su juego prudente, porque le aconsejaba amigablemente que vendiese? ¡Una á quien no compadecería cuando se desnucara!

Y Marcela, de nuevo en la calle, con las manos vacías, había tenido que resignarse á ir al periódico, para advertir á su marido de lo que había pasado por la mañana. Era necesario absolutamente pagar á Busch. Jordan, cuyo libro no estaba aceptado todavía por ningún editor, acababa de salir á caza de dinero á través del París fangoso de aquel día de lluvia, sin saber á donde acudir: á los amigos, á los periódicos donde es-

cribía, á la aventura. Aunque había suplicado á su mujer que volviese á su casa, estaba ella tan llena de ansiedad, que había preferido esperar allí en aquella banqueta.

Después que se marchó su hija, cuando la vió sola, Dejoie le trajo un periódico.

—Si la señora quiere leer para no impacientarse....

Pero Marcela rehusó con un gesto, y como Saccard llegase, hizo la valiente diciéndole alegremente que había enviado á su marido á una comisión fastidiosa de que ella se había desembarazado. Saccard, que apreciaba al matrimonio, quería absolutamente que ella entrase en su despacho para esperar con más comodidad. Ella se resistió; estaba bien allí. Y él dejó de insistir, por la sorpresa que experimentó al encontrarse de manos á boca, bruscamente, con la baronesa Sandorff, que salía del despacho de Jantrou. Por lo demás, ambos se sonrieron con aire de inteligencia amable, como gentes que cambian un simple saludo para no ponerse en evidencia.

Jantrou acababa de decir á la baronesa que no se atrevía á aconsejarle. Su perplejidad aumentaba ante la solidez del Universal bajo los esfuerzos crecientes de los bajistas; sin duda Gundermann lo echaría por tierra, pero Saccard podía durar mucho tiempo, y acaso había mucho que ganar todavía con él. La había decidido á contemporar, á entenderse con los dos. Lo me-

jor era tratar de tener siempre los secretos del uno, mostrándose amable, de manera á guardarlos para sí y aprovecharse de ellos, ó bien á venderlos al otro, según conviniera. Todo esto sin complot tenebroso, arreglado por él con aire de broma, mientras que ella le prometía riendo darle parte en el negocio.

—Ahora está siempre metida aquí, encerrada con vos: ¿es que ha llegado vuestra vez?—dijo Saccard con su brutalidad, entrando en el despacho de Jantrou.

Éste afectó asombrarse.

—¿Quién?... ¡Ah, la baronesa!.... Pero, querido maestro, si os adora. Hace un momento me lo decía ella misma.

Con un gesto de hombre á quien no se engaña, el viejo corsario lo había detenido. Y lo miraba, tan gastado en el bajo libertinaje, pensando que si ella había cedido á la curiosidad de saber cómo estaba formado Sabatani, bien podría querer gustar el vicio de aquella ruina.

—No os defendáis, querido. Cuando una mujer juega, es capaz de entregarse al mozo de cuerda de la esquina que le lleve una orden.

Jantrou sintióse muy herido, y se contentó con *souffrir*, obstinándose en explicar la presencia allí de la baronesa, que había ido, decía, para una cuestión de publicidad.

Por lo demás, Saccard, encogiéndose de hombros había dejado ya á un lado aquella cuestión de faldas, sin importancia según él. De pie, yen-

do y viniendo, plantándose ante la ventana para mirar caer la eterna lluvia gris, exhalaba su alegría enervada. ¡Sí, el Universal había subido todavía veinte francos la víspera! ¿Pero cómo diablo se explicaba que los vendedores se obstinaban? Porque el alza habría llegado á treinta francos, á no ser por un paquete de títulos que había caído en el mercado, á primera hora. Lo que él ignoraba era que Carolina había vendido otras mil acciones suyas, luchando ella misma contra el alza irracional, como se lo había ordenado su hermano. Verdaderamente, Saccard no podía quejarse ante el éxito creciente, y sin embargo aquel día estaba agitado por un temblor interior formado de temor sordo y de cólera. Gritaba que los cochinos judíos habían jurado su pérdida y que el canalla de Gundermann acababa de ponerse á la cabeza de un sindicato de bajistas para hundirlo. Se lo habían asegurado en la Bolsa, donde se hablaba de una suma de trescientos millones destinada por el sindicato á mantener la baja. ¡Ah, los brigantes! Y lo que no repetía, así en voz alta, era los demás rumores que corrían, cada día más claros, rumores que negaban la solidez del Universal, alegando ya hechos, síntomas de dificultades próximas, que aun no habían, es cierto, quebrantado en nada la ciega confianza del público.

Abrióse la puerta, y entró Huret con su aire de hombre sencillo.

—¡Ah, aquí está Judas!—dijo Saccard.

Huret, sabiendo que Rougon iba á abandonar decididamente á su hermano, se había reconciliado con el ministro; porque tenía la convicción de que el día en que Saccard tuviera en contra suya á Rougon, la catástrofe sería inevitable. Para obtener su perdón, había vuelto á entrar en la servidumbre del gran hombre, haciendo sus recados, arriesgándose en su servicio á las palabras gordas y á los puntapiés por detrás.

—¡Judas!—repitió con la fina sonrisa que iluminaba algunas veces su rostro de campesino; —en todo caso un Judas buena persona que viene á dar un aviso desinteresado al maestro á quien ha vendido.

Pero Saccard, como si no quisiera escucharle, exclamó, nada más que para afirmar su triunfo:

—¿Eh, qué tal? Dos mil quinientos veinte ayer, dos mil quinientos veinticinco hoy.

—Lo sé, acabo de vender hace un momento.

De repente, la cólera que Saccard ocultaba bajo su aire de broma estalló.

—¿Cómo que habéis vendido?... ¡Ah, entonces la cosa es completa! Me abandonáis por Rougon y os vais con Gundermann.

El diputado lo miraba asombrado.

—¿Con Gundermann, para qué?... Yo me voy con mis intereses ¡oh, sencillamente! Yo, ya lo sabéis, no soy un atolondrado. No, no tengo tanto estómago, y prefiero realizar en seguida, así que hay un buen beneficio. Y acaso por esto es por lo que jamás he perdido.

Y sonreía de nuevo como normando prudente y avisado que, sin fiebre, ensilaba su cosecha.

—¡Un administrador de la Sociedad!—continuaba Saccard violentamente. —¿Pero quién queréis que tenga confianza? ¿Qué se debe pensar al veros vender así, en pleno movimiento de alza? ¡Vive Dios! ya no me asombro de que se pretenda que nuestra prosperidad es ficticia y que se acerca el día del batacazo... Si esos señores venden, vendamos todos. ¡Esto es el pánico!

Huret, silencioso, hizo un gesto vago. En el fondo reía, su negocio estaba hecho. Al presente no tenía otro cuidado que desempeñar la comisión de que Rougon lo había encargado, lo más prontamente posible, sin tener que sufrir demasiado él mismo.

—Os decía, pues, querido, que había venido para daros un aviso desinteresado..... Helo aquí. Sed prudente, vuestro hermano está furioso, y os abandonará francamente si os dejáis vencer.

Saccard, refrenando su cólera, no se movió.

—¿Es él quien os envía á decirme eso?

Después de alguna vacilación, el diputado juzgó preferible confesar.

—Pues bien, sí, él es..... ¡Oh! no supongáis que los ataques de *La Esperanza* entran por nada en su irritación. Está muy por encima de estas heridas de amor propio..... ¡No! Pero en verdad, pensad que la campaña católica de vuestro periódico debe embarazar su política actual. Desde las desdichadas complicaciones de Roma, tiene

á todo el clero enfrente, y aun acaba de verse obligado á hacer condenar á un obispo por abusos.... Y, para atacarle, vais precisamente á escoger el momento en que hace grandes esfuerzos para no dejarse arrastrar por la evolución liberal, nacida de las reformas de 19 de Enero, que ha consentido en aplicar, como se dice, con el único deseo de encauzarlas prudentemente.... Vaya, vos sois su hermano, ¿creéis que esté contento?

—En efecto—respondió Saccard, es una ruina de mi parte..... Hé ahí ese pobre hermano, que, en su afán de ser ministro, gobierna en nombre de principios que ayer combatía, y que se agarra á mí porque no sabe cómo mantenerse en equilibrio, entre la derecha disgustada por haber sido traicionada y el tercer estado hambriento de poder. Ayer todavía, para calmar á los católicos, lanzaba su famoso ¡jamás! y juraba que nunca la Francia dejaría á la Italia quitar Roma al Papa. Hoy, en su miedo á los liberales, quería darles también una prenda, y se digna pensar en ahorcarme para darles gusto.... El otro día, Emilio Ollivier le ha sacudido de lo lindo en la Cámara....

—¡Oh!—interrumpió Huret—conserva la confianza de las Tullerías, el emperador le ha enviado una placa de diamantes.

Saccard, con un gesto enérgico decía que no lo engañaban.

—¿Verdad que el Universal es ya muy pode-

roso? ¿Es posible tolerar un banco católico que amenaza invadir el mundo y conquistarlo por el dinero, como antes se le conquistaba por la fe? Todos los librepensadores, todos los masones, á punto de ser ministros, sienten frío en los huesos.... Acaso también se anda urdiendo algún empréstito con Gundermann. ¿Qué sería del gobierno que no se dejase devorar por esos cochinos judíos?... Y he ahí al imbécil de mi hermano, que, para conservar el poder seis meses más, va á echarme como pasto á los cochinos judíos, á los liberales, á toda la chusma, con la esperanza de que lo dejaran un poco tranquilo mientras me devoran.... Pues bien, volved á decirle que me burlo de todos.

Y erguía su pequeña estatura, su rabia ahogaba su ironía como en un toque de clarín guerrero.

—¿Lo oís bien? ¡Me burlo de él! Esta es mi respuesta y quiero que la sepa.

Huret se había encogido de hombros. Desde el momento en que se incomodaban en los negocios, ya la cosa no pertenecía á su género. Después de todo, en aquel asunto él no era más que un comisionado.

—¡Bueno, bueno! se le dirá.... Os vais á hacer destroz. Pero es cuenta vuestra.

Hubo un momento de silencio. Jantrou que había permanecido absolutamente mudo, afectando estar entregado por completo á la corrección de unas pruebas, levantó la vista para ad-

mirar á Saccard. ¡Estaba hermoso, el bandido, en su acaloramiento! Estos canallas de genio triunfan algunas veces, en este grado de inconsciencia, cuando los arrastra la embriaguez del éxito. Y Jantrou era suyo en aquel momento, convencido de su fortuna.

—¡Ah! se me olvidaba—dijo Huret.—Parece que Delcambre, el procurador general, os execra.... Y lo que no sabéis aún es que el emperador lo ha nombrado esta mañana ministro de Justicia.

Saccard se paró bruscamente. Con el rostro sombrío, dijo al fin:

—¡Aun más de la misma mercancía! ¡Ah! y han hecho un ministro de eso.... ¿Y qué, queréis que eso me importe?

—¡Cáspita!—contestó Huret acentuando su aire bonachón—si os sucediera alguna desgracia, como sucede á todo el mundo, en los negocios, vuestro hermano quiere que no contéis con él para defenderos contra Delcambre.

—¡Ira de Dios!—aulló Saccard.—¿Pero no os digo que me burlo de toda la cuadrilla, de Rougon, de Delcambre, y de vos por de contado?

Felizmente, entró Daigremont en aquel momento.

No subía nunca al periódico, y su presencia fué una sorpresa para todos, que contuvo las violencias. Muy correcto, estrechó la mano á los tres, sonriente, con una exquisita amabilidad de hombre de mundo. Su mujer iba á dar una

*soirée*, en la que ella cantaría; y venía simplemente á invitar en persona á Jantrou, para que hiciera un buen artículo. Pero la presencia de Saccard pareció encantarle.

—¿Cómo va, gran hombre?

—¿Vos no habréis vendido?—preguntó éste sin responder.

—Vender ¡ah, no, todavía no!—Y su carcajada fué muy sincera; realmente era hombre de mucha solidez.

—¡Pero en nuestra situación jamás se debe vender!—exclamó Saccard.

—¡Jamás! Eso es lo que yo quería decir. Todos somos solidarios, y ya sabéis que podéis contar conmigo.

Sus párpados se bajaron para ocultar una mirada oblicua, mientras que respondía de los demás administradores, de Sedille, de Kolb, del marqués de Bohain, como de sí mismo. El negocio marchaba tan bien, que era verdaderamente un placer estar todos de acuerdo, en el éxito más extraordinario que había visto la Bolsa hacía cincuenta años. Y tuvo una frase graciosa para cada uno, y se fué repitiendo que contaba con los tres para su *soirée*. Mounier, el tenor de la Opera, cantaría con su mujer. ¡Oh, un efecto considerable!

—¿De modo—preguntó Huret yéndose á su vez—que eso es todo lo que tenéis que contestarme?

—¡Perfectamente!—declaró Saccard con voz seca.

Y no se fué con él, como era su costumbre. Luego, cuando se encontró solo con el director del periódico:

—¡Esto es la guerra, querido! ¡Basta de consideraciones, dad de firme sobre todos esos tnanantes!... ¡Ah, al fin voy á poder empeñar la batalla como yo la entiendo!

—De todos modos, esto es desagradable—concluyó Jantrou, cuyas perplejidades volvían á comenzar.

Marcela seguía esperando en la banqueta del pasillo. Apenas eran las cuatro, y Dejoie acababa de encender ya las lámparas, tan deprisa oscurecía bajo el chorrear pálido y obstinado de la lluvia. Cada vez que el mozo de la redacción pasaba cerca de la joven, le decía algo para distraerla. Por otra parte, activábanse las idas y venidas de los redactores, de la sala vecina salía gran ruido de voces, toda aquella fiebre que iba creciendo á medida que se hacía el periódico.

Marcela, abriendo bruscamente los ojos, vió á Jordan ante sí. Estaba calado, aniquilado, con ese temblor de los labios, esa mirada algo extraviada de las gentes que han corrido mucho tiempo detrás de una esperanza sin alcanzarla. Ella había comprendido.

—¿Nada, verdad?—preguntó palideciendo.

—¡Nada, querida mía, nada absolutamente!... En ninguna parte..... No es posible.....

Marcela sólo dejó escapar un débil gemido, en el que todo su corazón sangraba.

—¡Oh, Dios mío!

En aquel momento salía Saccard del despacho de Jantrou y le chocó verla aún allí.

—¡Cómo, señora, acaba de venir ahora el correcales de vuestro marido! Bien os decía yo que entraseis á esperarle en mi despacho.

Ella lo miraba fijamente, dibujándose en sus grandes ojos desolados una idea repentina.

—Señor Saccard, tengo que pedir os un favor..... Si quisierais ahora que pasáramos á vuestro despacho.....

—Ciertamente, señora.

Jordan, que temía haber adivinado, quiso contenerla, y le balbuceaba al oído «¡no, no!» entrecortados, en la angustia enfermiza en que lo ponían siempre las cuestiones de dinero. Marcela se había desprendido de él, y tuvo que seguirla.

—Señor Saccard—comenzó ésta, así que la puerta estuvo cerrada—mi marido corre inútilmente hace dos horas buscando quinientos francos, y no se atreve á pedirlos..... Por eso os los pido yo.....

Y dando suelta á su lengua, con su aire gracioso de mujercita alegre y resuelta, contó la escena de la mañana, la brusca entrada de Busch, la invasión de su cuarto por los tres hombres, cómo había conseguido rechazar el asalto y la palabra que había dado de pagar aquel mismo día. ¡Ah, cuántas llagas de dinero, cuántos grandes dolores originados en la vergüenza y en la

impotencia, la vida siempre comprometida, á causa de algunas miserables piezas de cien sueldos!

—¿Busch?—repitió Saccard—¿Es ese viejo tuante de Busch el que os tiene entre sus garras?....

Después, con encantadora amabilidad, volviéndose hacia Jordan que seguía silencioso, presa de un malestar insoportable:

—Pues bien, voy á adelantaros esos quinientos francos. Debisteis pedírmelos en seguida.

Habíase sentado á la mesa para firmar un *cheque*, cuando se detuvo reflexionando. Recordaba la carta que había recibido, la visita que debía hacer y que aplazaba de día en día, rehuendo la sucia historia que sospechaba. ¿Por qué no ir en seguida á la calle Feydeau, aprovechando la ocasión, teniendo un pretexto?

—Mirad, conozco á fondo á vuestro usurero..... Vale más que vaya yo en persona á pagarle, para ver si consigo rescatar vuestros pagarés á mitad de precio.

Los ojos de Marcela, ahora, brillaban de gratitud.

—¡Oh, señor Saccard, qué bueno sois!

Y dirigiéndose á su marido.

—¡Ya ves, tonto, que no nos ha comido el señor Saccard!

Y él la abrazó, en un movimiento irresistible, y la besó, agradeciéndole que fuese más enérgica y más diestra que él en aquellas dificultades de la vida que lo paralizaban.

—¡No, no!—dijo Saccard cuando el joven le estrechó la mano,—el placer es para mí, hacéis muy bien en amaros tanto..... Idos tranquilos.

Su carruaje, que lo esperaba, lo llevó en dos minutos á la calle Feydeau, en el centro de aquel París fangoso, entre el remolino de paraguas y las salpicaduras del lodazal. Arriba ya, tuvo que llamar varias veces á la vieja puerta despintada, en la que una placa ostentaba la palabra *Contencioso*, en grandes letras: ni abrían, ni se oía ruido en el interior. Y ya se marchaba cuando, en su viva contrariedad, golpeó violentamente con el puño. Entonces se dejó oír un paso arrastrado, y apareció Segismundo.

—¡Calle, soís vos!.... Creía que era mi hermano que volvía y que había olvidado la llave. Yo no contesto nunca á los campanillazos..... ¡Oh! no tardará, podéis esperarlo si tenéis que verlo.

Y se volvió, con el mismo paso penoso y vacilante, seguido de Saccard, al cuarto que ocupaba y que daba á la plaza de la Bolsa. Era todavía de día en aquellas alturas, por encima de la bruma con que la lluvia llenaba el fondo de las calles. La pieza era de una fría desnudez, con su estrecha cama de hierro, su mesa y sus dos sillas, y algunas tablas cargadas de libros, sin más muebles. Delante de la chimenea, una pequeña estufa mal alimentada, olvidada, acababa de apagarse.

—Sentaos, caballero. Mi hermano me ha dicho que no hacía más que bajar y subir.

Pero Saccard rehusaba la silla mirándolo, asombrado de los progresos que la tisis había hecho en aquel mozo pálido, de ojos de niño, ojos soñadores, extraños bajo la enérgica obstinación de la frente. Entre los largos bucles de sus cabellos, su rostro se había hundido extraordinariamente, como llamado hacia la tumba.

—¿Habéis estado malo?—preguntó no sabiendo qué decir.

Segismundo hizo un gesto de completa indiferencia.

—¡Oh! como siempre. La semana última no ha sido buena, á causa de este maldito tiempo.... Pero de todos modos esto va bien.... Apenas duermo, puedo trabajar, y tengo una poca fiebre, que me calienta.... ¡Ah, habría tanto que hacer!

Se había vuelto á sentar delante de su mesa, sobre la cual se encontraba abierto un libro en alemán. Y añadió:

—Os pido que me dispenseis si me siento; he velado toda la noche para leer este libro que he recibido ayer.... Una gran obra ¡sí! diez años de la vida de mi maestro Karl Marx, el estudio que hace tiempo nos prometía sobre el capital.... ¡He aquí ahora nuestra Biblia, hela aquí!

Por curiosidad Saccard echó una ojeada sobre el libro; pero la vista de los caracteres góticos le hizo retroceder enseguida.

—Esperaré á que esté traducido—dijo riendo.

El joven, con un movimiento de cabeza, pareció decir que, aun traducido, apenas sería

comprendido más que por los iniciados. Aquel no era un libro de propaganda. ¡Pero qué fuerza de lógica, qué abundancia victoriosa de pruebas, en la fatal destrucción de nuestra sociedad actual, basada en el sistema capitalista! El suelo estaba nivelado, se podía reconstruir.

—¿De modo, que eso es el escobazo?—preguntó Saccard bromeando siempre.

—¡En teoría, perfectamente!—respondió Segismundo.—Todo lo que os expliqué un día, toda la marcha de la evolución está aquí. Falta llevarla á los hechos..... Pero estáis ciegos, si no veis los grandes pasos que la idea hace á cada momento. Así vos, que con vuestro Universal habéis movido y centralizado en tres años centenares de millones, no parecéis sospechar de ningún modo que nos conducís en derechura al colectivismo. Yo he seguido vuestro negocio con pasión ¡sí! desde este cuarto ignorado, tan tranquilo; he estudiado su desenvolvimiento día por día, lo conozco tan bien como vos, y digo que es una gran lección que nos habéis dado, porque el Estado colectivista no tendrá que hacer más que lo que hacéis, expropiaros en conjunto cuando hayáis expropiado en detalle á los pequeños, realizar la ambición de vuestro sueño desmesurado, que es ¿no es verdad? absorber todos los capitales del mundo, ser el Banco único, el depósito general de la fortuna pública.... ¡Oh, yo os admiro mucho! Si yo fuera el amo, os dejaría

obrar, porque vos comenzáis nuestra labor como precursor de genio.

Y sonreía, con su pálida, sonrisa de enfermo, al notar la atención de su interlocutor, que estaba muy sorprendido de encontrarlo tan al corriente de los asuntos del día, y también muy halagado por sus inteligentes elogios.

—Pero—continuó—el día en que nosotros os expropiemos en nombre de la nación, reemplazando vuestros intereses privados con el interés de todos, haciendo de vuestra gran máquina de chupar el oro de las gentes la reguladora misma de la riqueza social, comenzaremos por suprimir esto.

Había encontrado un sueldo entre los papeles de su mesa, y lo mostraba, cogido con dos dedos, como la víctima señalada.

—¡El dinero!—exclamó Saccard.—¡Suprimir el dinero! ¡Vaya una locura!

—Suprimiremos el dinero amonedado... Pensad que la moneda metálica no tiene ningún lugar, ninguna razón de ser en el Estado colectivista. Á título de remuneración, la reemplazamos con bonos de trabajo; y, si vosotros la consideráis como medida del valor, nosotros tenemos otra que nos sirve perfectamente, la que obtenemos estableciendo el término medio de las jornadas de trabajo en nuestros talleres.... Hay que destruir este dinero que disfraza y favorece la explotación del trabajador, que permite robarle, reduciendo su salario á la

más pequeña suma de que tiene necesidad para no morirse de hambre. ¿No es espantosa esa posesión del dinero, que acumula las fortunas privadas, cierra el camino á la circulación fecunda, hace soberanías escandalosas, dueñas absolutas del mercado financiero y de la producción social? Todas nuestras crisis, toda nuestra anarquía, proceden de ahí.... ¡Es preciso matar, matar el dinero!

Pero Saccard se incomodaba. ¡No más plata, no más oro, no más aquellos astros brillantes que habían iluminado su vida! La riqueza se había materializado siempre para él en el brillo de la moneda nueva, lloviendo como un chaparrón de primavera, ocultando el sol, cayendo como granizo sobre la tierra, á la que cubría con montones de plata y montones de oro, removidos con pala, sólo por el placer de gozar de su brillo y de su música. ¡Y se iba á suprimir esta alegría, esta razón de luchar y de vivir!

—¡Eso es una necesidad! ¡Oh, eso es una necesidad!.... ¡Jamás! ¿Lo oís?

—¿Por qué jamás? ¿Por qué una necesidad?... ¿Acaso hacemos uso del dinero en la economía de la familia? En ésta no véis más que el esfuerzo en común y que el cambio... Entonces, ¿para qué servirá el dinero cuando la sociedad no sea más que una gran familia, gobernándose ella misma?

—¡Os digo que eso es una locura!.... ¡Destruir el dinero! ¡Pero si el dinero es la vida misma! ¡No hay nada más, nada más!